

Fundamentos de un aprendizaje para toda la vida

José Luis Colás

Licenciado en Farmacia, Derecho y Ciencias Biológicas (Universidad Complutense, Madrid); Programa de Dirección General (PDG), IESE (Universidad de Navarra). Actualmente es Director de Recursos Humanos, Director de Desarrollo de Negocios y Consejero de GlaxoSmithKline, S.A. Es Presidente de la Asociación de Antiguos Alumnos del Colegio El Prado, Madrid.

Mi propósito es dar unas pinceladas de cómo, a través de las enseñanzas del Fundador del Opus Dei, he ido aprendiendo a vivir cristianamente con naturalidad y a construir los fundamentos de un proyecto personal de vida. Este descubrimiento tuvo lugar en mi vida como estudiante de enseñanza secundaria, a través de profesores que eran coherentes con su fe, y hacían muy atractivo el ideal cristiano.

Lo que más destacaría de lo que vi y viví en mi colegio es la naturalidad: la fe no es algo superpuesto a la propia vida, si no algo que se entrelaza con la misma. Por ello había referencias al punto de vista de la fe en todas las asignaturas: el profesorado estaba involucrado en un proyecto para formar al hombre en todas sus dimensiones, también en la espiritual. He de decir que los profesores que me dieron clase habían incorporado a su vida personal y profesional las enseñanzas de Josemaría Escrivá, al que se tenía un gran cariño en el colegio.

Mis profesores demostraban que ciencia y fe no son dos realidades contrapuestas: nos enseñaban a ver desde la perspectiva de la fe cualquier formulación científica. Recuerdo, a este respecto, las explicaciones de la teoría de la evolución de las especies, en clase de Ciencias Naturales. El profesor nos hacía ver que, formulada adecuadamente esta hipótesis, no está en contradicción con la fe, y nos explicaba por qué. Es decir, no había que esperar a una clase de Religión —que también teníamos—, para tener el punto de vista de la fe.

Recuerdo también que, ante los acontecimientos de cada día, mis profesores me enseñaron a hablar de Providencia y no de casualidad: casi sin darme cuenta aprendía a valorar todo como venido de las manos de Dios.

Se me quedó muy grabado que, en las clases de Filosofía, no sólo nos explicaban las distintas aproximaciones filosóficas, sino que además de exponerlas nos daban los argumentos de defensa de nuestra fe. Por lo tanto, no era necesario que te dijeran que te estaban formando integralmente: no entendíamos la educación de otra forma, era lo que vivíamos. En síntesis, la forma de aunar fe y vida nadie me la tuvo que explicar: es lo que vivía al verlo vivir.

Los profesores que yo tuve eran personas enamoradas de lo que hacían, que creían firmemente en unos valores y sabían transmitirlos con entusiasmo, juntamente con su ciencia. Después me di cuenta de que esto era posible porque el colegio atendía la formación continua —en todos los aspectos— de dichos profesores. En síntesis: había unos excelentes procesos de selección al servicio de un ideal pedagógico y de formación continuada, que es exigencia profesional. De hecho mi primer tutor, al que tanto debo, dejó la perspectiva de una brillante carrera en la enseñanza pública al reclamo de los ideales de unos colegios que empezaban a nacer, y en los cuales la persona —el alumno—, era el centro de la enseñanza integral y personalizada que se quería.

Todos los profesores eran conscientes de que de ellos se esperaba que transmitieran algo más que su ciencia. De ahí que el colegio no descuidara su formación humana y les brindara numerosas oportunidades de acrecentar su formación espiritual y doctrinal. No sólo teníamos profesores técnicamente competentes, sino humanamente completos. Siempre vi en el colegio que nada se dejaba a la improvisación: la educación no se nutría de grandes enunciados, sino de un diario ejercicio de coherencia, con sacrificio, y de una profesionalidad que animaba a concretar en cosas pequeñas los grandes ideales que les movían porque, «la responsabilidad cristiana en el trabajo no se traduce sólo en llenar las horas, sino en realizarlo con competencia técnica y profesional... y, sobre todo, con amor de Dios»¹. Esto me ha ayudado mucho en mi vida profesional: por ejemplo, no trato tanto de dar disertaciones de ética en el trabajo, como de luchar porque cada una de mis actividades diarias —pequeñas en su mayoría— esté impregnada de una preocupación por los demás.

Hay un aspecto que siempre me llamó la atención: la preparación de los chicos para la primera Comunión. Aparte del necesario concurso de los sacerdotes del colegio, era responsabilidad de su profesor. Por tanto, quedaba grabada en nuestra mentalidad infantil la normalidad de la fe: de nuevo se percibía lo sobrenatural imbricado en lo humano, sin separaciones. Era el vivir la unidad de

¹ *Forja*, 705.

vida que siempre predicó Josemaría Escrivá: «Nuestra condición de hijos de Dios nos llevará —insisto— a tener espíritu contemplativo en medio de todas las actividades humanas —luz, sal y levadura, por la oración, por la mortificación, por la cultura religiosa y profesional—, haciendo realidad este programa: cuanto más dentro del mundo estemos, tanto más hemos de ser de Dios»².

Todo lo que aprendíamos, y veíamos vivir a nuestro alrededor, eran enseñanzas, ejemplos y paradigmas de verdades universales, que procuré inculcar a mis alumnos cuando, con el paso del tiempo, trabajé una buena temporada como profesor en el mismo colegio donde estudié.

1. EDUCAR EN LA LIBERTAD

Otro de los aspectos que más me influyeron, era el trato personal e individualizado que recibía. Era una manifestación del modo en que mis profesores se adentraban en la práctica de la pedagogía de la libertad y de una confianza sin reservas que, junto con el valor que otorgaban a la amistad, eran aspectos que me resultaron muy familiares cuando escuché al Fundador del Opus Dei aconsejar a cada profesor que preparara bien sus clases, y que fuera leal con sus alumnos, de manera que ellos, poco a poco, fueran siendo amigos suyos. Aconsejaba también no distanciarse de los chicos; procurar salir a su encuentro, a mitad de camino, para que ellos recorran voluntariamente la otra mitad. Así los iría conociendo muy bien.

Cada persona es única. Esto se sentía desde el principio en el colegio, a través de la figura del tutor: un profesor que se preocupaba de que mejorases como persona, no sólo como estudiante; y se preocupaba como un padre que está formando a su hijo, no como un “funcionario”. Mi tutor siempre se preocupaba de mí y de mis cosas, con afán de hacerme mejorar, no por curiosidad o por mera filantropía. Y como yo tenía menos de 15 años me hacía sentir un “tipo” importante, porque un adulto, a quien admiraba muchísimo, me dedicaba su tiempo y se interesaba por mis pequeñeces.

En este punto resaltaría un valor central en las relaciones de los tutores con sus alumnos: la confianza. Siempre supe, con certeza total, que confiaban en mí. Ya pudiera decir quien fuese, un infundio sobre mí (lo que de hecho me ocurrió), que lo que hacía mi tutor —también los demás profesores, si era el caso— era preguntarme, y creer lo que les dijera. Esto, de hecho, me llevó a valorar mucho la sinceridad y más si cabe, la lealtad. No recuerdo, al ser consciente de la confianza que depositaban en mí, haber sido desleal en nada: la gran confianza que nos daban desarrollaba en nosotros un crecimiento importante de la responsabilidad. Ese

² *Ibidem*, 740.

apoyo mutuo, sin reservas y sin dobleces ha dejado una huella decisiva en el modo de abordar y mantener el trato con los demás. «Conceded la más absoluta confianza a todos, sed muy nobles. Para mí, vale más la palabra de un cristiano, de un hombre leal —me fío enteramente de cada uno—, que la firma auténtica de cien notarios unánimes, aunque quizá en alguna ocasión me hayan engañado por seguir este criterio. Prefiero exponerme a que un desaprensivo abuse de esa confianza, antes de despojar a nadie del crédito que merece como persona y como hijo de Dios. Os aseguro que nunca me han defraudado los resultados de este modo de proceder»³. Cuando leí estas palabras del Beato Josemaría, me di cuenta de que mis profesores las habían vivido conmigo y con mis compañeros.

Se vivía un ambiente de libertad: el colegio daba la oportunidad de asistir, si se quería, a algunos actos religiosos. Y he de reconocer que nunca sentí tener más obligaciones que las de otros amigos míos alejados de la fe. Es más, siempre respiré el amor a la libertad, y sobre todo a la libertad de las conciencias, que predicaba Josemaría Escrivá. Me sorprendía, por ejemplo, el que mi tutor, en alguna ocasión, me dijera a mí —un chaval de unos 12 años— que tenía que hacer las cosas “porque me daba la gana”, y que esta era la razón más elevada que podía tener en mi actuar.

Otro rasgo importantísimo, en el que vi la libertad en ejercicio, era el total respeto a las opiniones de los demás, aunque fuesen radicalmente contrarias a las propias. Siempre escuché —y luego supe que era fruto de la predicación de Josemaría Escrivá— que había que hacer mucho hincapié en lo que une y no en lo que separa. Me vienen a la memoria dos profesores con ideas opuestas —en cuestiones opinables—, pero a los que nunca vi discutir sobre las mismas; quizá porque evitaban la conversación sobre lo que les separaba.

Este conjunto de modos de hacer que generaban la confianza y la educación en libertad, han sido de enorme importancia para el desarrollo posterior de mi vida profesional y social y, a la postre, para conducirme como buen ciudadano.

Recuerdo la visita que Josemaría Escrivá realizó a nuestro colegio, dentro de la catequesis que le trajo a España en el año 1972. Hubo una tertulia con él en el comedor-salón de actos del colegio. Sólo estaban invitados padres, profesores y personal no docente del colegio. Los alumnos mayores buscamos un lugar desde el que podíamos ver y oír sin que nos vieran a nosotros. No queríamos perder la oportunidad de conocer a un hombre que abría horizontes espirituales a tantas y tantas personas, que explicaba con nitidez un mensaje tan radical y atractivo del cristianismo, y que urgía a ayudar y amar a la Iglesia y al Papa. Viendo esto con la distancia que dan los años, me doy cuenta de que nuestro modo de actuar, con respecto a una persona a quien nunca antes habíamos visto, denotaba un cariño y agradecimiento muy profundo.

³ *Amigos de Dios*, 159.

2. APRENDER A COMPROMETERSE

Ya en mis años de colegio, gracias al Beato Escrivá, descubrí —como tantos otros de mis compañeros— un grandioso ideal: cambiar la sociedad desde dentro; aprendimos no sólo a comprometernos sino a poner entusiasmo en la realización de nuestros ideales.

Con el paso del tiempo veo que el colegio nos daba a conocer y nos enseñaba a tratar al Señor, nos ponía en disposición de amarle más. Luego ya entraba en juego la libertad de cada uno para corresponder. Y esto siempre deja un poso permanente, imborrable con el tiempo. ¡He visto a tantos compañeros míos volver a vivir una vida de fe al cabo de muchos años de abandonadas las aulas, gracias a la formación que en aquellos años quedó prendida de nuestras almas! Indudablemente todo depende, en última instancia, de la acción de la gracia y de la correspondencia humana a la voluntad de Dios, pero ¡qué importante es la inquietud espiritual que sembró en nuestra alma la educación recibida!

La enseñanza en el colegio —la educación integral— modulaba todas las facetas de nuestro carácter. De especial relevancia era el trabajo: siempre me hablaban de que mi trabajo era el estudio. Recuerdo a mi profesor de Latín que nos ponía como ejemplo a nuestros padres, que llegaban a casa tarde después de una jornada de trabajo agotador: ese era nuestro modelo, nos decía. Con el paso del tiempo veo que, en mí y en mis colegas, este tipo de enseñanzas han creado un importante poso de responsabilidad social: gracias al trabajo nos hacemos hombres y mujeres.

Es curioso, según preparo estas notas me voy dando cuenta de que estoy relatando mis recuerdos de estudiante, pero al mismo tiempo veo que en todos hay enseñanzas del Fundador del Opus Dei. Aunque yo las aprendí en ese orden: primero viéndolas vividas, después descubrí que él andaba detrás de todo.

Tengo mucho que agradecer a mis profesores todo lo que les debo en un campo importante, que podríamos llamar “educación de la sensibilidad”. En todo lo referente a la sexualidad siempre nos hablaron con mucha delicadeza, pero con absoluta claridad, llamando a las cosas por su nombre. Y sobre todo nos hablaban uno a uno, en las tutorías. Recuerdo a mi profesor de Literatura —era mi tutor cuando tenía quince años— decirme que tenía que tratar a mi novia (ya tenía un primer amor) de forma que no me arrepintiera cuando, si Dios lo quería, fuera la madre de mis hijos. Nunca me sentí tratado con tanta seriedad: me admiraba que en la época de los “tonteos” me pusieran un motivo de tanto calado para portarme como Dios quería.

Al pasar el tiempo se han puesto en marcha asociaciones de antiguos alumnos en el marco de una federación que las aúna: todos estamos unidos en el objetivo de devolver al colegio lo mucho que nos ha dado, y de influir en la sociedad para que se oiga la voz de tantos que queremos una educación en valores para

nuestra juventud. Es otra muestra de ese “posos” del que hablábamos antes. Porque además los objetivos que nos proponemos no son pequeños, o de mero divertimento, sino ansias de cambiar el mundo.

Estas asociaciones representan la proyección hacia el futuro de la enseñanza recibida. Por eso, procuramos huir de las grandes palabras que no llevan a ningún sitio y promover acciones concretas que permitan enriquecerse a los que se acercan a las mismas: cineforum, bolsa de trabajo, aula de actualidad, orientación profesional, edición de publicaciones. Este es sólo el comienzo: más adelante queremos dar becas a estudiantes con menos recursos, formar parte de órganos consultivos de la Administración, participar en debates de radio y televisión, implantar proyectos atractivos para el tiempo de ocio de la juventud, realizar actividades formativas de más alcance social...

Lo que aprendíamos encerraba un gran potencial transformador. A través de nuestra conducta ordinaria, me sorprendía comprobar que los hijos “tirábamos” de nuestros padres. Ellos nos llevaron a unos colegios en los que nos educaban en unos valores para los que, a la postre, éramos nosotros mismos los que les “conquistábamos”. En mi caso, por ejemplo, quería ir a veranear a un lugar donde, aparte de estar con buenos amigos, tuviera facilidad para continuar mi formación espiritual en verano y, lo que es más importante, para no abandonarla, y que hubiera un ambiente sano: así es que unos y otros convencimos a nuestros padres y recalamos en un nuevo lugar de veraneo.

3. UNA MIRADA HACIA DELANTE

Posteriormente, cuando tuve hijos, no dudé en llevarles a los mismos colegios. He visto que cambian las personas, pero las enseñanzas del Fundador del Opus Dei son para todos y para todas las épocas, porque su sustancia es perenne. Y, gracias a Dios, creo que mis hijos podrían contar cosas muy parecidas a las que yo viví.

El haber recibido la educación que tuve me ha servido para tratar de ir un paso por delante en la educación de mis hijos. Por otro lado, la “complicidad” con los profesores ha resultado un apoyo fundamental en su educación.

Para terminar me gustaría resaltar una característica —que es virtud— que siempre vi en mi etapa colegial y que, como tantas otras, estaba anclada profundamente en la predicación de Josemaría Escrivá de Balaguer. Me refiero a la alegría, que todo lo impregnaba: es el optimismo basado en la esperanza cristiana. Siempre me hicieron ver la “botella medio llena”: Dios la terminará de llenar.

2. Educación y sociedad

Education and Society

Education which is Open to Society

Mary Kibera

Director of Institute for Family Development, Kianda School, Nairobi, Kenya.

In the course of my contribution to this workshop, I would like to consider the influence that Blessed Josemaría Escrivá has had in my life as an educator in Kenya. I will begin by talking about my childhood experiences because I am amazed that while they are so different from Blessed Josemaría Escrivá's, I have for the last quarter of a century made his teachings an integral part of my life and have communicated them to others through my professional work.

My parents were baptized Anglicans. My father did not practise at all but my mother went to church fairly often on Sundays. Like the rest of my brothers and sisters, I was baptized in the Anglican Church at the age of nine after learning the catechism. We had no pious practices in my home that I can remember. The most 'religious' thing I recall doing was singing hymns at the house of my grandmother who lived next to us.

My mother was a virtuous woman who had her own deeply religious sense. It was from her that I learned that if you really want to give, you should give generously. If you are going to give in a half-hearted manner, it is better not to give at all. With regard to her children, my mother could tell merely by looking at our faces what was going on. She would prudently wait for a suitable moment to discuss things. How well I understand what Blessed Josemaría used to say that we owe 90% of our vocation to our parents!

When I look back, I am moved to see how the spirit of Opus Dei has helped me to appreciate all that was positive in my family and upbringing, while at the same time creating a hunger in me to fill in what was missing. I came into contact with the message of Blessed Josemaría when I began my studies at Kianda Secretarial College in Nairobi, a school started by faithful of Opus Dei. At this time, it had only been three years since I had been received into the Catholic Church, and I was still struggling to see how my newly found faith fitted in with my ordinary life.

1. THE RICHNESS OF DIVERSITY

While Kianda Secretarial College started in 1961, Kianda Residence opened its doors on 29th January 1967. I was admitted to live in Kianda Residence after an interview with Olga Marlin, one of the first eight women that Blessed Josemaría sent to Kenya to start Opus Dei. I must confess that I might never have decided to study at Kianda Secretarial College had it not been for the very genuine smile with which Olga welcomed me. That smile attracted me, and I felt that it communicated something I was not able to understand at the time, but which I later understood when I heard Olga say: “I do not recall making an effort to love Africans. When I came to Kenya, I felt I was carrying the Father’s love [of Blessed Josemaría] for them in my heart”.

I appreciated the deep respect with which we were treated in Kianda Residence irrespective of our backgrounds. There were over 90 of us in Kianda Residence from 16 different countries — Africans, Europeans, and Asians from different religious and cultural backgrounds. This was only three years after the country’s Independence, which had been preceded by severe racial discrimination. It was because of discrimination that Kianda Secretarial College had had to move to the outskirts of the city, from the residential zone in which it had initially been located. At that time, racial segregation was still obligatory in such neighbourhoods, and the founders of Kianda wanted their college to be open to people of all races and nationalities from the very beginning.

A mixture of young people from different races, colours, creeds and cultures lived together harmoniously in this Residence, very conscious of the richness created by this diversity. We had so much to give and to receive from each other. We learned song and dance from different parts of the world: Tanzania, Greece, Egypt, Uganda, Botswana, Malawi, Ireland, France, Kenya... The teachers too came from different countries: United States, Spain, Mexico and Ireland. We were really a family.

The Founder of Opus Dei gave those first women a special message when they came to Kenya. I have witnessed it lived both by them and by those who came after them. This is recounted in *To Africa With a Dream*, a book written by Olga Marlin, which will be published soon. I want to quote and briefly comment on three pieces of advice that they received from Blessed Josemaría Escrivá.

In the first place, Blessed Josemaría encouraged them to integrate themselves completely into the country, without any traces of paternalism. The author of the book writes: “The Father insisted on the importance of our identifying with the mentality and customs of our new countries. ‘When we begin our work in a country’, he said ‘we cannot isolate ourselves, but must form roots in it’”. Blessed Josemaría explained to them that they should not form a cist but should

melt in with the people of the country. “It wasn’t easy to meet Africans because in Nairobi the races were segregated”, Olga continues. “Buses were divided into two sections — the front for Europeans — and residential areas were also divided according to race”. Despite the difficulties faced by the new secretarial college, by 1965 the Mayor of Nairobi could already say: “If Kianda is now at the forefront of teaching institutions dedicated to the education of women, it is because it has worked with all and for all”.

The Founder of Opus Dei also spoke to them about the necessity of learning from the people of the country. Olga Marlin writes: “The Father reminded us that we were going to learn. Our role, he said, was to be like that of the stick placed beside a young tree to help it grow strong and upright until it can stand on its own. The deepest work would be done by the people we formed in the countries we went to”. And this is what has happened: Kianda and all the other educational institutions started by faithful of Opus Dei are now almost fully run by people of the country.

Finally, Blessed Josemaría also trusted these women to start activities that would improve the condition of African women. “The condition that the African women were in was of great concern to the Father”, continues Olga Marlin, “Our job was to help change this through education and by upholding the Christian view of the dignity of women”.

Soon after arriving, the first faithfuls of Opus Dei met a lady relative of the soon-to-be President, Mzee Jomo Kenyatta who told them: “You have arrived at a very good time to open a school for girls. Our women need education in order to become self-reliant, respect themselves, and make themselves respected. This can only happen when they are financially independent. Your school should provide them with the necessary skills”.

As Olga Marlin said, African women were in a vicious circle. They needed ‘education for freedom’ and ‘freedom to be educated’. In those days, fathers educated their sons while their daughters got married at an early age.

Within a year of opening, Kianda Secretarial College was already turning out young women who were competent and well educated, and who had many employment opportunities. The first to benefit from this education were their families, because being a secretary meant there would be an immediate rise in the standard of living, and further educational opportunities for the rest of the siblings.

I can truly say that Kianda Secretarial College is one of the institutions that has had the greatest impact in the transformation of our society by giving women the dignity to fully participate in the social and economic development of our country. The name Kianda is known in every corner of the country.

2. EDUCATION AND SOCIAL DEVELOPMENT

On the socio-cultural level, I have seen many changes over the years that I have worked at Kianda. In traditional African culture, children and wives did not discuss anything with the father or spouse. It is a reality that many families who have passed through Kianda have changed their way of relating to each other. There is a lot more communication and a lot more respect.

The mothers we worked with in the early years admitted that African men had certain difficult attitudes because of the way that mothers brought up their small boys. For example, boys were supposed to be ‘manly’ in the sense that they did not cry or show any emotions and they were not supposed to do any job in the house. On the contrary, their mothers and sisters were to serve them in every way. Without being too conscious of it, mothers often taught their sons to be hard and unaffectionate with women, and consequently, with their future wives and children.

When we started Family Development activities with mothers in 1984, we heard comments such as: “The African man does not discuss things with his wife. They are the bosses. They decide what has to be done and they give the orders”. With regard to the education of children they said: “Men pay the school fees and women do the rest: attend school meetings, look after children’s homework, timetables, and their whole upbringing”. Husbands tended to refer to “your children” when the children failed or did something wrong.

These two attitudes show how difficult family life was, especially for wives and mothers. They found the teachings of the Founder of Opus Dei to be both welcome and innovative. One such idea is as follows: “I always advise parents to try to be friends with their children. The parental authority that the rearing of children requires can be perfectly harmonised with friendship, which means putting themselves, in some way, on the same level as their children. Children — even those who seem intractable and unresponsive — always want this closeness, this fraternity, with their parents”¹.

Another recent testimony manifests the transformation that is taking place in our society due in part to this method of education. One of our senior students wrote the following in a magazine article entitled “Parent-teenager Relationships”: “Both parents and teenagers need to discuss *why* they feel the way they do. When was the last time that you had a serious discussion with your parent or child? How can you build a relationship when there is no communication? That is why I feel that parents and teenagers can really benefit from the occasional *family meeting*”.

¹ *Conversations*, 100.

“One of the things I found hardest”, one father of a Kianda student said, “was the number of meetings I had to attend at this school, but now I realize that this greater commitment pays off. We now come to the school out of interest in the education of our children — not just to find out their grades”.

Another father, whose daughter finished school last year, is a lecturer in the university. Recently, he came to tell me that he had agreed to be on the Parent-Teacher Association of another school because he wanted to pass on to other parents what he had gained in Kianda. “What you have is unique, and I am also proposing to help draw up a curriculum on parenting to make it a university programme”.

In order for things really to function properly, there has to be an inner transformation of the person. The spiritual ideal communicated by Blessed Josemaría is a deeply transforming spirit because it leads one to a personal encounter with Jesus Christ. It elevates all noble human realities to the supernatural plane. “There is no other way. Either we learn to find our Lord in ordinary, everyday life, or else we shall never find Him. That is why I can tell you that our age needs to give back to matter and to the most trivial occurrences and situations their noble and original meaning. It needs to restore them to the service of the Kingdom of God, to spiritualize them, turning them into a means and an occasion for a continuous meeting with Jesus Christ”².

3. THE EXPERIENCE OF KIANDA HIGH SCHOOL

Kianda High School was born from the experience of Kianda Secretarial College, and it continues trying to apply the pastoral message of Blessed Josemaría. In 1973, an alumna of Kianda Secretarial College said; “My daughter is in primary school now, but I would so much like her to benefit from the personal attention given at Kianda, as I did. Couldn’t you start a secondary school?” By that time, a good number of past Kianda Secretarial College students had daughters old enough for high school.

It was in 1976, two years after I finished university when the Steering Committee for the incipient Kianda High School asked me if I would like to help to start the school the following year. I was teaching in Kianda Secretarial College and the only working experience in secondary schools that I had were two teaching practices I undertook when I was doing my degree course. I had so often listened to stories about the beginnings of Kianda Secretarial College and even witnessed some of those beginnings myself, that the idea that God makes use of us

² *Ibidem*, 114.

as instruments was very clear to me. The eight women who arrived to start Opus Dei in 1960 realized on their arrival that what women in Kenya needed was not a finishing school which they had planned to set up, but a secretarial college. Although only one of them had secretarial skills, the college started the following year, and soon became the most famous college in English-speaking Africa. It was thus that I started working on this new project.

Kianda High School has become a catalyst for new initiatives for the family and society at large. Currently, it is rated academically as the top girls' day school in Kenya, and overall it is among the top ten out of over 4,000 schools. We have just received a letter from the Provincial Education Board congratulating the "students, staff and the entire school community". It says: "Your continued good performance over the years is a clear indication of a well focused effort towards imparting positive attributes to the Youth of this nation as we mould them to be responsible citizens".

Because of the outstanding success Kianda High School has attained both academically and in giving an all-round education, we are now having frequent visits and enquiries from parents and educators. Many of our past students are studying in universities all over the world: in Australia, in the United States of America, in Britain, in Canada, etc. Quite often, we get reports praising them in their achievements. From a university in the United States, we received a letter from which I quote the following:

"I am writing to thank you for your past recommendations of fine young students to our University and to invite you to nominate 5 students for the Scholarship Program [...] We seek candidates who have exhibited a capacity for service and leadership, as well as academic excellence, and who will embrace the challenges of a rigorous curriculum. We are especially interested in students who stand out among their peers for their maturity, strong moral character, selflessness, and commitment to community".

We are happy to note that in these letters, there are words such as responsible citizens, capacity to serve, maturity, moral principles, commitment to the good of the community and academic excellence because they simply reflect our desire to put into practice the spirit of Blessed Josemaría in each situation.

Linda, an Ugandan past student writes from the United States to her "Dear Alma Mater". She says, "I graduated in Biochemistry and I am currently teaching at a high school here in Los Angeles. I am quite surprised at my employment. I am forever grateful to all the teachers I had during my time at Kianda. Your instruction and example have stayed with me and return to my mind as I attempt to walk in your footsteps".

The Chairperson of the Past Students' Association who is also a Professor of Molecular Biology gave a speech on the School's 20th Anniversary: "I'm proud

to be a Kianda graduate. What I appreciate most is the training we were given. We were helped to grow in self-confidence. Each one was treated as an individual and encouraged to be herself. We learned to be independent, to do things because we wanted to and not because we were forced to. You don't know how it is out there [...] We Kianda alumnae want to change that”.

We are glad to see that our past students have assimilated and personalized the message of Blessed Josemaría with a sense of freedom and a readiness to communicate it to others wherever they go.

Finally, I would like to mention that in January 2002, we started the Institute for Family Development with a group of parents, some of whom are past students. The Institute is currently training couples to be trainers for other parents in family education. Parents in general are coming together to study and share experiences on different aspects of family life.

As time goes by, I am more and more convinced of the need to start family education early when virtues can be cultivated with greater facility. With the demand made on modern parents that both mother and father work outside the home, coupled with the ever increasing external influences which are often negative, families need help as early as possible. Our next project is a nursery school to be run by parents. It would be a wonderful present on Blessed Josemaría's centenary as well as Kianda High School's 25th anniversary.

